

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA. X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscripción mensual \$ 2.00

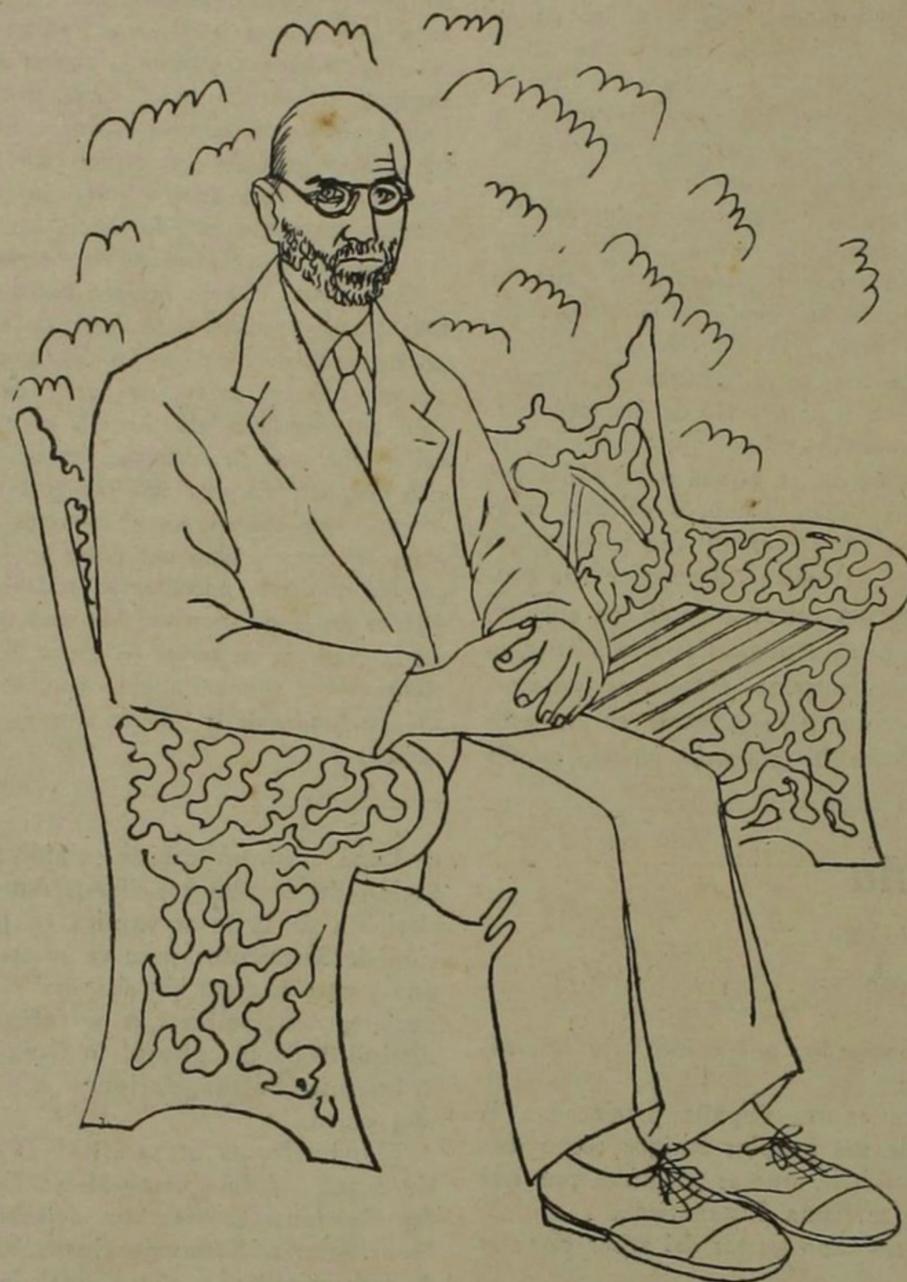
Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para lo dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—José Martí.

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: \$ 3.50
EL AÑO: \$ 6.00 o. am.

Giro bancario sobre
Nueva York



León Felipe

Dibujo de Julio Castellanos

León Felipe

Por OCTAVIO PAZ

= De Letras de México. México, D. F., setiembre de 1938 =

León Felipe, el poeta castellano, está ya entre nosotros. Viene de España, de su España, que siendo suya, frenéticamente suya, es ahora de todos los hombres. Hemos oído su voz, su mensaje justiciero y prometeico, y el fervor con que muchos lo escuchamos, es, seguramente, la mejor venganza que esa voz española ha tomado de todos los fariseos que pretextan siempre no poder acudir a la cita que nos hace. Los burócratas de la inteligencia responden, prudentemente, al grito de la Justicia: "ahora no, que tengo mi pequeña clase, mis odios minúsculos o mi casera virtud, hecha de puras abstenciones. Y con vosotros está el ladrón y el demagogo". Pero "cuando la Justicia nos llama no se puede decir que no se está preparado: La Justicia se defiende con una lanza rota y una visera de papel." Ante ella no hay odios, ni amores, ni escrúpulos, ni casuística que valga. La Justicia nos llama a todos, al inteligente y al imbécil, al puro y al impuro, al hombre recto y al pecador. Quien no oiga su llamado es un fariseo o un canalla, y está podrido y deshecho. Por eso desde la guerra de España los hombres de toda la tierra estamos partidos por una línea inexorable e inmutable: la línea del corazón. Los que escuchamos, y los sordos. O los que se hacen sordos a la sangre

y la muerte: ensordecidos, y por eso peores que los sordos de nacimiento. Y estamos partidos para siempre, que no hay amigos, amor, ni vínculo humano que la Justicia no deshaga con su aliento terrible.

Pero si la Justicia desata y rompe, también consagra y enlaza. Cúmplase así la hermosa ley de la vida que se nutre en la solidaridad, en la avidez del hombre que exige reconocerse en su semejante. A través de León Felipe el mexicano se reconoce en el español. Y adquiere su hombría cabal, su plena y dolida humanidad. Nunca como en este momento la visita de un poeta español, en México, en esta antigua y Nueva España, es síntoma y anuncio de un acontecimiento, cercano ya y henchido de significaciones, que amanece en la cultura de los pueblos hispánicos. Un acontecimiento que el propio León Felipe ha llamado el más importante de la historia española moderna: el de la Reconquista: "El de la mutua Reconquista que de sí misma hace el alma hispánica." Pues el pueblo, en su guerra heroica y tensa, realiza su acto de Reconquista: la de su propia humanidad, la de su clasicismo, vivo en las más puras regiones del subsuelo español. Y cuando el hombre de España, mediante ese ahondar desesperado

en sí mismo que es su guerra, encuentra, intacto y vigilante, en soledad tenaz, a su antiguo espíritu ecuménico, encuentra también a México. Encuentra a América. La encuentra allí, en ese mismo sitio, en esa misma herida, en donde vive y alienta lo más elemental, viviente y antiguo de un pueblo. Y este entrañable "encontrar", este inesperado descubrimiento, es para León Felipe, vidente del hombre que alborea, toda una nueva, incruenta Reconquista. Una mutua reconquista, que hace España de América, del pueblo de América: una reconquista que hace América de España.

León Felipe, hemos dicho alguna vez, es un gran poeta castellano. Y la palabra limitadora, que define geográficamente y culturalmente a un espíritu, se vuelve en este caso una palabra ensanchadora. Castellano, de su tierra bronca y cortés. Castellano, hombre de meseta y de luz cruel. En páginas inolvidables, como q' están hechas de esa traspasadora luz castellana, León Felipe ha hablado, recientemente, de su meseta. De esa luz agria, sin sabor, sin perfume; luz cegadora para la carne y la sensualidad, luz devastadora. El paisaje de Castilla es sólo tierra y luz, como si la misma naturaleza quisiera subrayar, así, la dualidad en que se ha movido el espíritu castellano. No hay en ella la sensualidad, la melancolía aireada y trémula de Andalucía; no hay tampoco la nobleza mediterránea de Cataluña, ni el febril desmayo levantino. Sólo luz y tierra. El barro, la tierra seca y el trigo tierno que es Castilla, viven para esa luz y por esa luz. Si quisiéramos definir la actual lucha revolucionaria, la de la España leal, como el Cid, el leal Cid Campeador, diríamos que está presente en ese drama castellano: la lucha de la viva luz que aspira a integrar, en una sola escala, en un solo rayo, a todos los hombres. Y esa integración, que es la República, que es la Revolución, no admite sombras, sino que quiere que todos los hombres se reconozcan en su luz, en su deslumbradora, humilde, recia humanidad.

León Felipe, vástago de la luz castellana, de la misma que engendró a Manrique, está frente a nuestra definidora, exacta luz mexicana. El ha estado otras veces en México, pero creemos que sólo ahora, por razón de la misma intensidad vital de la historia, podrá entender, cabalmente, en el sentido de "reconquista", a la luz de México, verde y terrenal, delirante y contenida. Luz volcánica, pétrea, ensimismada. Y este nuevo encuentro de Castilla y la Meseta Mexicana en el espíritu poético de León, o, mejor, en el espíritu profético de un poeta, será el primer hecho esencial de esta mutua Reconquista, a la que con tan encendidas palabras ha llamado León Felipe.

Los hombres jóvenes de México, los poetas que siempre y desde el principio, hemos estado con el pueblo español, obedientes al llamado de la justicia y del corazón, saludamos en León Felipe a un gran espíritu profético y a todo un pueblo que lucha por su humanidad. Y queremos recoger en estas palabras del poeta el verdadero y hondo sentido del movimiento revolucionario de todo el Mundo: "Entonces nuestras lágrimas tendrán un origen más ilustre". Entonces, cuando la Revolución del Hombre haya acabado con el último villano, con el último burgués, "nuestras alegrías, nuestros dolores, serán más puros." Por boca del poeta queremos decir que no renunciamos a nuestra humanidad, al dolor y a la alegría, sino que luchamos por obtenerla, íntegramente.